

IMPORTANCIA DEL PARTIDO CONSERVADOR EN LA EVOLUCION POLITICA CHILENA

José Díaz Nieva, Jaime Etchepare Jensen, Cristián Garay Vera, Jorge Ivulic Gómez y Mario Valdés Urrutia.

Santiago, Universidad Bernardo O'Higgins, 1997.

SERGIO ROMERO PIZARRO

Con mucha alegría acepté la invitación a presentar el libro que hoy sale a la luz pública.

En primer lugar, porque me gusta el mundo universitario, el contacto con la juventud y la vida académica, que tanto renuevan la actividad cotidiana de la política y quienes servimos al país a través del Congreso Nacional.

En segundo lugar, ya que comentaré un libro nuevo sobre un tema viejo y querido: el Partido Conservador, querida institución a la que me dediqué con entusiasmo precisamente durante mi juventud universitaria. Y por último, porque siento en ocasiones que este Chile acelerado que vivimos a veces nos dificulta el tiempo necesario para la reflexión, las ideas, el pensamiento serio y trabajado.

Por todas estas razones, gracias por esta invitación.

El libro está constituido por 5 estudios de diversa extensión, que cubren cronológicamente desde la fundación del Partido Conservador a mediados del siglo XIX hasta su muerte hace poco más de 30 años.

El primer estudio, del profesor Jorge Ivulic, se refiere a "Algunas notas sobre la génesis y desarrollo del Partido Conservador Chileno". Apenas iniciado el segundo período de Manuel Montt se produjo la llamada Cuestión del Saeristán, un incidente jurisdiccional entre el Estado y la Iglesia, producto de la interposición de un recurso de fuerza, es decir, una sentencia de un tribunal eclesiástico que es apelada ante un tribunal civil. Producto de la disputa los distintos sectores sociales asumen posiciones en favor del Estado o de la Iglesia, incluso apoyados por importantes medios de prensa: *El Mercurio* y *El Ferrocarril* de parte de los regalistas y *El Conservador* por parte de los intereses católicos.

Los efectos, por todos conocidos, fueron la génesis de la principal transformación del siglo XIX y cuyas consecuencias, en alguna medida, se extienden hasta nuestros días: me refiero a la creación de los primeros partidos políticos chilenos. En primer lugar, para defender los intereses de la Iglesia, aunque sin un programa muy definido, surge el Partido Conservador. Más tarde, se organizaron otros dos partidos, el Liberal y el Nacional. Bajo diversas alianzas y divisiones, concluyó el Gobierno de Montt sin el sucesor previsto (Varas), sino con uno nuevo y con renovada alianza política: José Joaquín Pérez, que inicia la etapa liberal-conservadora en el último de los decenios. En la oposición, en tanto, un sector de liberales será apoyado por los radicales o rojos, del partido surgido en Copiapó.

El Gobierno de Pérez vio pasar a su lado una febril actividad política. "El origen de esa mayor actividad -según señala el autor del texto que comentamos- era la progresiva adopción del liberalismo, por los diversos partidos como fundamentos del régimen político. Se iniciará la discusión en dos ámbitos, la disminución de las atribuciones presidenciales y la laicización del Estado" (página 18).

De inmediato, diversos temas se instalan en la agenda pública de la época: durante el Gobierno de Pérez, la confesionalidad del Estado; con su sucesor Errázuriz Zañartu, la discusión sobre los cementerios y el matrimonio, así como el tema de la libertad de enseñanza, donde cupo destacada labor al ministro conservador señor Abdón Cifuentes.

Una intensa lucha en el tema educacional derivó, por una parte, en la petición de renuncia del rector del Instituto Nacional Diego Barros Arana y, por otro lado, llevó al retiro de Cifuentes del Gobierno. Con ello surgían nuevas fuerzas políticas y se inició un proceso distinto, dominado por un conservantismo opositor, mientras en el Gobierno mandaba la Alianza Liberal, cuyo eje era, precisamente, el Partido Liberal.

La Alianza incrementó la fuerza del debate teológico y la lucha entre el catolicismo y el laicismo, clave de entender para la comprensión del último cuarto del siglo XIX, cuyos efectos se dejaron sentir por varias décadas y, según el autor, se caracterizaron por una pérdida definitiva del consenso espiritual (en una tesis que también ha desarrollado Gonzalo Vial en su *Historia de Chile*), una progresiva secularización de las instituciones políticas y sociales, el fortalecimiento de los partidos políticos y una pérdida paulatina de la vitalidad nacional... entre otras circunstancias (página 23).

El Partido Conservador quedó en una difícil situación. Entre 1873 y 1876 disminuyeron los diputados conservadores de 30 a 14, mientras el candidato presidencial oficialista, don Aníbal Pinto, decide ofrecer en su programa la realización de las libertades teológicas.

Más tarde, sin embargo, fue otro acontecimiento clerical el que desencadenó nuevos cambios, al fallecer el arzobispo de Santiago don Rafael Valentín Valdivieso en 1878. El Gobierno, de acuerdo al patronato, presentó al canónigo Francisco de Paula Taforó, resistido por el clero e importantes católicos, quienes llegaron a Roma con sus reclamos. La pugna era evidente. El Partido Conservador, en tanto, siguió fuertemente ligado a los intereses de la Iglesia y del clero.

Ese mismo año se realizó la gran Convención Nacional del Partido Conservador, destinada a dar un programa de acción a los conservadores. Como resume el autor, "fue esta Convención la que dio forma definitiva al Partido Conservador, permitiéndole enfrentar en forma organizada las contingencias futuras (página 26). Paralelamente, la discusión teológica se frenó producto de la Guerra del Pacífico.

El artículo interesante —y que recoge aspectos centrales de nuestra historia en el pasado siglo— concluye en torno a la aprobación de las leyes laicas y el final del conflicto en torno a la sucesión arzobispal. Bien sabemos que en 1881 asumió Domingo Santa María, quizá el más virulento de los anticlericales, como él mismo cuenta en su autobiografía. En su Gobierno, la Santa Sede y el Papa León XIII comunican el rechazo a la "candidatura" de Taforó, lo que significó que el Presidente rompiera relaciones con el Vaticano.

La consecuencia política fue conocida y obvia: la Iglesia y el Partido Conservador por una parte; el Gobierno y los laicistas por otra. En ese contexto el Gobierno preparó un ambiente favorable a las leyes laicas, logrando aprobar la Ley de Cementerios Laicos, la Ley de Matrimonio Civil y la Ley de Registro Civil.

Según señala Jorge Ivulic, se fueron manifestando dos tendencias en el conservantismo: una clerical y otra más laica (esta última contaba con figuras como Zorobabel Rodríguez o Manuel José Irrazábal). Una división, más acentuada y diferente, como sabemos, se repetirá en el partido a mediados de este siglo.

Frente al Gobierno de Balmaceda, los conservadores tuvieron una actitud reticente, por haber colaborado con la administración de Santa María. El partido, en tanto, siguió luchando por las libertades públicas y las prácticas parlamentarias, en un nuevo eje de discusión que atravesará el cambio de siglo. Entre tanto, la confrontación Presidente-Parlamento se agudizó, y los conservadores estuvieron en primera fila opositora.

Ante la crisis terminal de 1891, los conservadores se sumaron a las fuerzas de la Junta de Gobierno de Iquique, opositoras al Presidente Balmaceda. Con la caída de Balmaceda culminan también estas notas sobre la génesis del Partido Conservador en el siglo XIX.

El segundo artículo es del joven historiador Cristián Garay Vera, autor de estudios sobre El tradicionalismo y los orígenes de la Guerra Civil Española y también sobre El Partido Agrario Laborista. En esta ocasión su trabajo se refiere a "La buena prensa: el Partido Conservador y sus medios periodísticos", del cual comentaremos algunos aspectos.

En primer lugar, llama la atención a un hombre de nuestro tiempo la importancia asignada por los conservadores a la prensa escrita como medio de difusión de los principios y las costumbres benéficas para el país. Hoy, en la era de la Internet y la televisión, cuesta imaginar el inmenso valor pedagógico y proselitista de la prensa que copiosamente se desarrolla desde la segunda mitad del siglo XIX en Santiago y regiones, como el estudio se encarga de demostrar.

El concepto usado por los conservadores fue el de buena prensa o prensa católica (aunque la historiografía, confusamente, se refiere también a la prensa conservadora o de derecha, incluso en estudios serios pero de impropio uso del lenguaje).

¿Qué era ser un conservador? ¿Cuáles principios defender en sociedad? Garay nos da algunas luces de acuerdo a lo expresado por las propias convenciones del partido: primacía de la experiencia y el gradualismo (frente a la revolución), valor del orden y la tradición. Sin embargo, históricamente, también se le puede situar como "un sistema de ideas confesional, parlamentarista, legalista, partidario de la tradición republicana...", entre otros rasgos (página 38).

Sin embargo, como resume el autor en su introducción, "el pensamiento del Partido Conservador es todavía, en cierto modo, una incógnita en la historiografía chilena". Así, por ejemplo, fue fervoroso adversario del liberalismo durante todo el siglo XIX, pero pactó con el Partido Liberal en 1932 y —con mayor claridad— en 1966 para cavar su propia tumba.

¿Qué era la buena prensa? León XIII, el Papa de la *Rerum Novarum* señaló en 1890 que "conviene que los católicos opongan la prensa buena a la mala para la defensa de la verdad, para la tutela de la religión y sostenimiento de los derechos de la Iglesia". Con estas palabras Su Santidad llamaba a sostener y respaldar la buena prensa.

Esto, incluso años antes, había calado hondo en Chile, donde no se dudaba en disponer de instrumentos como libros, diarios y revistas para la propaganda católica.

En Chile, la prensa del Partido Conservador es distinta de la pelucona de Portales, al menos en cuatro aspectos centrales: nace inspirada desde la oposición, por lo que es sustancialmente más crítica; su inspiración no es sólo política, sino que también filosófica y religiosa; se enmarca dentro del conjunto de iniciativas que la Iglesia asume para restablecer su influencia social, y es tributaria de la masificación de la prensa, lo cual implica una mayor periodicidad, número de ejemplares, mejor ilustración, etc.

En ocasiones no es posible distinguir la prensa conservadora (del partido) de la buena prensa (de la Iglesia), porque entrelazan temas y posiciones. El origen de ambas, sin embargo, está en la *Revista Católica*, de abril de 1843, mientras la prensa conservadora se consolida con *El Conservador* (1857) y *El Bien Público* (1863).

Desde el punto de vista periodístico, los editores y periodistas mantenían un lazo visible con el partido, incluso cargos en la colectividad. Diputados estimaban que el valor de la prensa era comparable al hemicycleo parlamentario y algunos no dudaron en llamarlo el cuarto poder.

El plan de difusión incluía la extensión de la prensa conservadora al resto del país, lo que dio inicio, como dice el autor, a las "plumas itinerantes", que fundaban y sostenían periódicos en diversas ciudades. De esta manera, a *La Unión* o el *Estandarte Católico* se sumaron iniciativas como *El Amigo del País* en Copiapó; el *Diario Austral* en Temuco, *La Aurora* en Valdivia o *La Discusión* en Chillán.

La unión de ideales y de trabajo entre la Iglesia y el Partido Conservador se observa también en la prensa, en que los medios tenían una cierta matriz de evolución: primero ligados a la Iglesia, luego se cedían o traspasaban a los laicos. Una diferencia clara, sin embargo, era que la prensa conservadora era más contingente, frente a una Iglesia que se mantenía más en el plano doctrinario (por ejemplo, en el tema de la libertad electoral).

Un último aspecto interesante que no quiero dejar de mencionar son las notas que el autor dedica al tema de la libertad de prensa, tan vigentes al día de hoy. La postura conservadora sobre el particular podemos resumirla así: a favor de la libertad de prensa, en general; pero no a una prensa irresponsable o sin ninguna regulación, lo que no significa en ningún caso una contradicción. Sin embargo, el Partido Conservador tuvo vacilaciones frente al comunismo, al que no siempre reconoció legitimidad para ejercer la profesión periodística.

El tercer estudio tiene como autor a José Díaz Nieva, académico español que se ha interesado especialmente por nuestro país. Se refiere el profesor Díaz Nieva a un tema poco trabajado: "Juventud conservadora y fascismo: Falange Nacional".

El tema es doblemente interesante, ya que junto con tener un valor en sí mismo, es la base del futuro Partido Demócrata Cristiano, que hasta el día de hoy se mantiene como la principal fuerza política del país.

La Falange Nacional tiene su origen en jóvenes católicos del Partido Conservador que, a la luz de las encíclicas sociales, buscan consolidar un compromiso político. La novedad del estudio radica en que el autor busca demostrar, con una importante consulta de fuentes, los vínculos doctrinales y formales entre el nuevo grupo chileno y su homónima española de José Antonio Primo de Rivera.

Para ello, Díaz Nieva muestra que, en sus aspectos externos, una primera comparación radica en la "incipiente militarización de la Falange Nacional" (página 68), sobre todo necesaria ante los permanentes ataques callejeros de nacistas, socialistas y comunistas. Un segundo aspecto es el lenguaje de la organización: términos como "camarada" para dirigirse a otros miembros de la organización son propios de la Falange Española.

El tema cobra nueva fuerza al revisar los himnos institucionales, que se aproximan al famoso "Cara al Sol" hispano. Veamos una estrofa del "Himno de la Falange Nacional" de Eduardo Frei en Chile:

Las enseñanzas flameantes al viento
la mirada clavada en el sol
señalemos la ruta que lleve
el futuro de Chile hacia Dios.

Por último, un tercer aspecto es el símbolo de la Falange Nacional, heredado por la Democracia Cristiana: la flecha roja enmarcada en un rombo blanco sobre un fondo azul. En la flecha, algunos han querido encontrar reminiscencias de las cinco flechas de la Falange Española.

Junto a los aspectos externos, Díaz Nieva ve similitudes doctrinales entre ambas falanges, que resume en cinco aspectos: la idea de que vivimos un mundo en crisis; la crítica a los partidos políticos, asumiendo una posición tercerista; el nacionalismo; el hispanismo; el corporativismo.

Todos esos aspectos, en distinta medida, tienen fuerza en la Falange de Frei, en Chile y en su similar española de Primo de Rivera. Para ello, el autor hace hablar a los falangistas chilenos de la década del 30, que en revistas como *Lirca* exponían con fuerza la doctrina arriba resumida. El tema, me parece, es digno de seguirse estudiando, particularmente porque muchos de esos conceptos, hoy prácticamente olvidados, de tiempo en tiempo vuelven a resurgir con fuerza.

Como afirma el autor, a modo de conclusión, la postura actual de la Democracia Cristiana en nada obsta a que sus predecesores hayan tenido planteamientos, en diversos temas, distintos. La evolución política hacia el socialismo comunitario es claramente posterior, así como sus alianzas con la centro izquierda u otros temas de interés.

Mario Valdés Urrutia desarrolla a continuación un análisis respecto a "Conservantismo y nacionalsocialismo chilenos: 1932-1938 ¿Convergencia o antagonismo?"

En realidad, como sostiene el autor, ambas alternativas tienen profundas diferencias, históricas y doctrinales. Tienen un origen claramente distinto: mientras los conservadores surgen, según vimos, de la crisis político-religiosa de mediados del siglo XIX, los nacistas chilenos se originan a partir del sentimiento de crisis que perciben hacia 1932 personas como Jorge González von Marées o Carlos Keller, el líder y el intelectual, respectivamente, del nuevo movimiento.

Por otro lado, los conservadores nunca abdicaron de su condición de partido político, mientras los nacistas hablaban de sí mismos como un movimiento, calificando a los partidos de "guardias de politicastos".

En cuanto a la proveniencia social, también hay diferencias: mientras los conservadores cruzaban todo el arco social, los nacistas se concentraban principalmente en los sectores mesocráticos.

En lo doctrinal, las diferencias se acentúan. Veamos algunos ejemplos trabajados por el profesor Valdés Urrutia.

En lo político: los conservadores prefieren la división de poderes, mientras los nacistas se declaran inequívocamente antidemocráticos. En economía: partidarios del liberalismo económico, los conservadores; proclives a un Estado fuerte, los nacistas. En religión: los conservadores ligados a la Iglesia; los nacistas habitualmente distantes de ella (aunque con algunos acuerdos específicos).

Un último aspecto lo observamos en el plano contingente. Un ejemplo evidente es el valor que el Movimiento Nacional Socialista Chileno asigna a la violencia, de lo cual dan múltiples pruebas en las calles. Sin embargo, con más claridad se aprecia la distinción en el gobierno de Arturo Alessandri.

En el segundo Gobierno del León, los nacistas se oponen, mientras los conservadores se suman tras ser derrotados electoralmente. A finales del periodo, los conservadores apoyan a Gustavo Ross Santa María, mientras los nacistas —entre otros— optan por Carlos Ibáñez del Campo. Un acontecimiento, por todos conocido, cambia el curso de nuestra historia: la matanza del Seguro Obrero, del 5 de septiembre de 1938. En ese cruento hecho mueren 63 nacistas y, con ellos, muere también el nazismo chileno. Lo que queda de ellos llama a votar por Pedro Aguirre Cerda, candidato del Frente Popular, que vence a Ross por 4.111 votos. Se estima que los nacistas habían aportado unos 30 mil sufragios al radical Aguirre Cerda, claves para su victoria electoral.

El interesante estudio concluye con la última época del Partido Conservador, de ahí que se titula "Decadencia y extinción del Partido Conservador Chileno, 1938-1966", del autor Jaime Etchepare. Este periodo ha sido recientemente abordado en otro trabajo de la historiadora Teresa Pereira: "El Partido Conservador, 1930-1965. Ideas, figuras y actitudes".

Por la claridad de su exposición, el autor divide su estudio en tres periodos: 1. El Partido Conservador, fuerza política de gran influencia en el plano nacional, hegemónico en el campo católico, 1925-1949. 2. La pugna y polarización de las colectividades de inspiración cristiana, 1949-1961. 3. Predominio del Partido Demócrata Cristiano, decadencia y extinción del Partido Conservador, 1961-1966.

Este periodo, que me correspondió vivir en carne propia, marca, como dijimos, la extinción del Partido Conservador.

Entre 1920 y 1932 el partido tuvo diversas posiciones políticas: oposición férrea a Arturo Alessandri en su primera administración; apoyo a la Junta Militar de 1924 y al corto gobierno de Emiliano Figueroa Larraín; algunos conservadores apoyan a Ibáñez incluso; en medio de la inestabilidad política de 1931-1932 apoyan a Juan Esteban Montero y, finalmente, se juegan por la restauración del orden institucional en Chile.

Hacia septiembre de 1932 tiene lugar la XI Convención General del Partido Conservador y para las elecciones de ese año deciden llevar su propio candidato, resultando nominado Héctor Rodríguez de la Sotta, que obtuvo una tercera mayoría tras el León de Tarapacá, que regresó a La Moneda y el líder de los socialistas,

Marmaduke Grove. Sin embargo, en el ámbito parlamentario, los conservadores sólo fueron superados por el Partido Radical. Con todo, como sabemos, el partido finalmente apoyó a Alessandri durante su Gobierno.

Durante la década el partido sufrió profundas transformaciones, básicamente a raíz del surgimiento de la Falange Nacional, que ya hemos comentado. Ahora bien, los cambios políticos significan nuevas alianzas. Así, conservadores, liberales y demócratas designan como su candidato a Gustavo Ross, quien fue derrotado por el Frente Popular de Pedro Aguirre Cerda, lo que agudiza la pugna incipiente entre la Falange y el partido. Como en política las cosas son curiosas, en las elecciones para suceder a Aguirre Cerda los conservadores apoyan a Carlos Ibáñez, quien resulta derrotado. La Falange apoyó al nuevo Gobierno de Juan Antonio Ríos, provocando nuevas disputas con el partido.

Momento clave fue 1946: nuevamente se convocan a elecciones presidenciales y los conservadores se unen al doctor Eduardo Cruz Coke. De estas elecciones, en lo personal, guardo mis primeros recuerdos políticos, cuando con mi padre asistí a esperar el tren de la esperanza que llevó a Buin al recordado líder del 46. El, inclusive, logró el apoyo de la Falange Nacional. Los resultados, nuevamente, no acompañaron a los conservadores, que fueron derrotados por González Videla.

Tras las elecciones quedó descubierta una nueva división interna del partido, representada por las posiciones socialcristianas (de Cruz Coke) y tradicionalistas (Héctor Rodríguez de la Sotta, por ejemplo), que demostraron tener iguales fuerzas en las urnas. Un hecho ajeno —la proscripción política del Partido Comunista— significó una nueva división, al oponerse Cruz Coke a la Ley de Defensa de la Democracia. El año 1948 será el origen del cisma conservador. Adicionalmente, en las elecciones parlamentarias de 1949 los tradicionalistas fueron superiores a los socialcristianos. Sin embargo, el tema incluso fue llevado al Tribunal Calificador de Elecciones para que determinara quién era el verdadero Partido Conservador (las páginas, que recomendamos leer, abundan en detalles del proceso de ruptura). Finalmente, el Partido Conservador se dividió, y surgió con firmeza el Partido Conservador Tradicionalista, que incluso tenía más senadores y diputados que los socialcristianos, que se quedaron con el nombre.

No me quiero detener en datos y cifras que aparecen con criterio y acopio de fuentes en las páginas del estudio. Sin embargo, es evidente que el conservantismo comienza a decaer sistemáticamente en la política chilena, al punto que en 1958 decide no llevar candidato propio, sino que apoya a Jorge Alessandri Rodríguez. Adicionalmente, muchos conservadores desertaron hacia el freísmo, y la antigua hegemonía conservadora sobre los ideales sociales y políticos de los católicos era fuertemente disputada por el nuevo Partido Demócrata Cristiano, heredero de la Falange.

En las elecciones municipales de 1960, conservadores y demócratacristianos prácticamente empataron en las urnas. Un año después, en las parlamentarias, la Democracia Cristiana superó al Partido Conservador en 15 mil votos (ambos con dos senadores, pero la DC con 23 diputados, seis más que los conservadores).

El final, de sobra conocido, surge en forma tangencial en el estudio de Etchepare: Frei asume el Gobierno con amplia mayoría en 1964, apoyado a regañadientes por el Partido Conservador. Un año después, el centenario partido sufre su peor derrota histórica, al obtener en las parlamentarias un magro 5,17% de los votos, sin lograr elegir senador alguno y con apenas tres diputados. El fin estaba cerca y su origen era una fusión con los liberales y la Acción Nacional de Jorge Prat Echaurren. En junio de 1966 el Partido Conservador dejó de existir.

Unas últimas palabras me invitan a una breve reflexión. El estudio concluye con un capítulo sugerente "Epílogo. ¿Qué resta del conservantismo hoy?". La pregunta, sin embargo, queda abierta y es digna de un estudio más amplio que las interesantes notas con que concluye el libro.

Pero revisemos algunas ideas:

¿Qué fuerza tuvieron los conservadores en el nuevo sistema económico del cual hoy se jacta Chile?

¿No son algunos conservadores quienes con más fuerza defienden hoy las amenazas a la libertad de prensa que —en delicados temas— han sufrido algunas ideas "conservadoras"?

¿Ni hay vigencia de las ideas conservadoras e incluso falangistas en la defensa permanente de la familia y su base fundamental, el matrimonio indisoluble?

¿No hay una cierta vocación pública de muchos de los hombres de hoy surgida del aprecio y admiración de figuras como Eduardo Cruz Coke o Juan Antonio Coloma, entre otros destacados conservadores?

Por último, estoy seguro de no ser una casualidad que, entre muchas opciones, ustedes hayan escogido hoy a un conservador para presentar este interesante libro, viejo conservador que desde el servicio público sigue trabajando con entusiasmo por Dios, la patria y la familia.